ANEXO I

DISCURSO pronunciado por el autor en el Congreso internacional de In dustria y Comercio, con ocasión del quincuagésimo aniversario de la independencia belga.

M. Frederix.—Creo ser el órgano autorizado de la Asamblea, para rogar á M. Allard que nos exponga, por lo menos, los hechos que ha podido observar, tanto en Francia como en Inglaterra, donde tiene establecimientos de banca desde hace años. (Aprobación.)

M. Alph. Allard.—Siento la ausencia de M. de Laveleye, toda vez que él es quien, aún á pesar mío, me persuadió para que tomara la palabra ante vosotros sobre esta cuestión, que, ciertamente, él habria tratado con el talento y autoridad que á mí me faltan.

Si hubiese yo previsto el honor que me ha sido hecho, me hubiera preparado, y habría podido defender dignamente mi opinión; os ruego, pues, me disimuleis, si quedo por bajo de lo que espereis de mí. Me contentaré, pues, con recordar pura y simplemente los errores que, á mi juicio, ha cometido M. Berdolt de Amberes en el discurso tan lleno de hechos que acabamos de oir y hemos admirado todos.

Lo que, aún sin convencerme, me ha impresionado en el discurso del orador, es la alegación bastante sorprendente de que los bimetalistas son dignos de ir á poblar las casas de locos. Pues, señores, debo declarar que yo soy uno de estos locos; soy, en efecto, bimetalista, y no temo confesarlo, porque creo estar dentro de la verdad; sin embargo, no lo soy tanto que no pueda rechazar ciertos errores cometidos por mi contradictor; esto es lo que intento ensayar, y pienso llegar, por que este es mi objeto, á contagiaros parte de mi locura bimetalista; alerta pues.

M. Berdolt nes ha dicho que los Bances, en los paises bimetalistas, no usan nunca de la conveniencia por la que, según M. de Laveleye, defienden su encaje, de esta conveniencia consistente en pagar en plata, cuando se les pide oro, y viceversa. Señores, yo tengo un establecimiento en Francia desde hace un cuarto de siglo, y en este espacio de tiempo, he visto, de un modo casi continuo, negar el Banco de Francia al público, á mí mismo, el metal que reclamaba la exportación; una vez sucedía con la plata, como en 1857; otras veces con el oro, como en 1880. Hoy mismo, no sólo tiene una prima de 6 % el oro en la plaza de París, sino que el Banco vigila á sus cobradores de caja, obligándoles á llevarle las mismas monedas que ellos reciben, é impidiéndoles aprovecharse de la prima sobre el oro. Os encargo que recordeis esto, que esta prima sobre el oro y estas medidas, prueban hasta la evidencia que el público francés pide oro, que el Banco de Francia rehusa su entrega, que M. de Laveleye tenía, pues, razón en su afirmación, y que M. Berdolt, al contrario, ha sido injusto falseando esta misma afirmación.

También os ruego observeis conmigo que, al obrar así los Bancos, no tienen toda la injusticia que M. Berdolt les supone; estos no hacen, en suma, más que usar de un derecho que la ley bimetálica les concede como á todo el mundo, y, como muy bien dijo Emilio de Laveleye, usando de esa facultad, rinden todavía servicio al des-

Voy á probarlo, conteniéndome dentro del terreno de los hechos innegables, y dejando á nuestros contradictores los procedimientos de la teoría siempre discutible; nuestros debates se ceñirán á esta pauta.

cuento aún encerrando así sus encajes.

Me es indispensable hacer un paréntesis, para observar que en ciencia monetaria, es amenudo difícil y siempre imprudente, sacar argumentos de hechos demasiado recientes que se comprueban entre uno y otro año; recordamos todos, en efecto, el error cometido por el ilustre Michel Chevalier, que hubo creído poder afirmar la baja del oro desde el comienzo de las innundaciones californianas en 1851; fué un apresuramiento excesivo, pero cualquiera que haya sido su error, parece tan natural, tan aceptable, que han sido necesarios diez años para que el mundo se convenciera, y reconociese en fin, que el valor del oro estipulado en todas las leyes monetarias, no tenía una relación exacta con las cantidades suministradas al mercado por las minas.

No es menos cierto que, á causa de estos temores de baja del metal, cuya abundancia parecia amenazadora, se quisiera refundir la plata en 1840 á causa de las enormes cantidades entonces producidas por Méjico, y que, más tarde, en 1852, se deseara refundir y desmonetizar al oro, en presencia de las avalanchas de este metal, vertidas al mundo por las cataratas californianas. En 1862 ó, sean 10 años mas tarde, se reconocía, que, haberlo llevado á la prác-

tica, habríase hecho gran injusticia, puesto que el oro y la plata, habían conservado los dos su valor de un modo inmutable.

Parecia que estas experiencias debieran ser suficientes, pero todavía no lo eran. En 1865 se eleva el valor monetario de la plata, y se le crea á 835; faltaba el metal blanco entonces, hasta tal punto, que aun la moneda divisionaria había desaparecido, y en fin, 8 años más tarde, en 1873, se suspende la acuñación de todas las monedas de plata, en sentido inverso, bajo pretexto que éste metal abandonado por Alemania, y extraído de las minas en grandes masas, habría de descender de valor. A partir de entonces, desde que encontramos suprimída esa acuñación, hemos visto descender el valor de este metal, en proporciones desconocidas desde siglos atrás: entonces es, cuando bastante tímidamente por cierto, comenzamos en 1873, la experiencia del monometalismo; experiencia que se persigue desde hace ya casi 10 años, y que no ha dicho todavia su última palabra; tan necesaria parece aquella.

He querido recordaros rápidamente estos hechos, para probar ante que incertidumbres, con que retiradas chocó siempre el monometalismo, y sobre todo, para haceros observar, que en ciencia monetaria, es necesario poder apreciar los grandes hechos y los largos periodos, sin los cuales, no son, ni pueden ser convincentes las pruebas.

Os he dicho que daría en hechos tangibles, la prueba evidente que el bimetalismo protege, á no dudar, á los bancos de emisión, y al descuento á tipo bajo, y que negándolo mi respetable contradictor, ha cometido un error grave.

Para no cometer ninguno de los errores contra los que os he prevenido, me referiré á grandes hechos y largos periodos, examinando bajo este punto de vista, los hechos tales como han pasado en Inglaglaterra bajo el régimen monometálico, y en Francia bajo el del bímetálico: el Paso de Calais, separa á estas dos naciones, la una es solidaria de la otra; la crisis de un lado lleva la crisis al otro, el alza del descuento entre la una, entraña el alza del descuento entre la otra.

Desde 1844, fecha en la cual se colocó el Banco de Inglaterra bajo el régimen que la reglamenta actualmente; hasta 1877, fecha en la que Francia rompió, por decirlo así, con el bimetalismo, teníase un solo metal entre los ingleses, dos entre los franceses; ¿para quién de estas dos naciones ha sido lo peor? Para los franceses, responderá evidentemente M. Berdolt. Creo que ahí está el error, el mal según mi opinión, ha ido en absoluto sobre los monometalistas ingleses, y lo pruebo.

En Inglaterra durante estos 32 años, ha sido necesario que el Banco, para defender su metal único, hiciese variar 196 veces su descuento; desde 2 %, que fué el más bajo, hasta 10 % el más alto, ó sea

tuvo una diferencia de 8 º/o entre el tipo más bajo y el más alto. En Francia, por el contrario, con dos metales, ha sido suficiente para mantener el encaje durante el mismo periodo, una variación desde 3 % tipo más bajo á 7 % el más alto, sea una diferencia de 4 % entre ambas cifras.

Asi, pues, en Francia con los dos metales, vemos el descuento más de 2 veces más estable, las oscilaciones de alza y baja menores, y las diferencias, en fin, la mitad menos grandes que Inglaterra con un solo metal. A no ser que mi contradictor pretenda, lo que no puedo suponer, que las numerosas fluctuaciones del descuento y las grandes diferencias en las tasas, puedan ser provechosas á un pais y que este las desee, deberá reconocer su error al pretender que, los dos metales, el bimetalismo, no ha sido un bien, ni ha sido utilitario á nuestros bancos tanto en Francia como en Bélgica, facilitándoles el mantenimiento de su encaje.

Esto es lo que yo tenia que exponer muy claramente; no creo, después de todo, que pueda persistir todavía la duda entre vosotros.

Mr. Berdolt, habiándonos de los E. U. y de las Indias, nos ha mostrado toda la atención que ponía á las cifras de las importaciones y exportaciones anunciadas por las aduanas, y á las de la balanza comercial, que ante su vista resultaban.

Pues bien; siento deshacerle las ilusiones que parece tener sobre ello, pero estas cifras, no significan absolutamente nada bajo el pun-

to de vista monetario; yo se lo pruebo.

Al lado de las mercancias y de los objetos de consumo, nuestro siglo ha inaugurado la unificación de intereses en el mundo entero, por los títulos que se negocian en todas las bolsas de fondos públicos y que rinden más y más solidarios á unos y otros; las exportaciones de metales preciosos, bajo forma de lingotes y de monedas, no son en nuestros días, mas, que, los esclavos de las operaciones de bolsa, de los traspasos de títulos mobiliarios, de las rentas públicas y de las ventas y compras de valores extranjeros, que cada dia franquean nuestras fronteras. Luego, vuestros cuadros de comercio exterior, no dicen nada de estos inmensos capitales que se cambian entre los pueblos, y vuestras balanzas de comercio, engañadoras de si mismas, son además incompletas, y no hablan de los inmensos valores que someto à vuestra atención.

M. Berdolt.—Al contrario, las completan.

M. Alph. Allard.—No dicen nada. Falsa es, pues, la balanza que estableceis, en cuanto á los valores entrados y salidos; falsas son, por consecuencia, las deducciones que pretendéis sacar.

Si conservais alguna duda sobre este punto, permitidme hacerle desaparecer por el mismo procedimiento que he usado hasta aquí, citando hechos; dejemos los ideales, busquemos la realidad.

Antes de 1870, la mayor parte de la deuda italiana se encontra-

ba en manos de capitalistas franceses, repletando las carteras de Francia. A continuación de la guerra, toda esta deuda pasó la frontera, y no puede dudarse por nadie, que esta inmensa suma de capitales, ha debido traer otra influencia en los saldos internacionales de los dos paises y sobre el cambio internacional, que los sombreros de paja de Italia recibidos, quizá en devolución, como figuran en vuestros cuadros de importación en Francia. ¿Dónde encontrais en vuestras cifras, la base de apreciación de este gran hecho que yo os demuestro? En ninguna parte.

Ahí está el empréstito italiano; pero ¿para qué traer á la memoria los mil y un valores de los que en nuestras bolsas abundan?: todos sabemos que la fortuna mobiliaria ha tomado tal extensión. que falsea nuestros razonamientos la mayor parte de las veces si no

nos ponemos en guardia.

He aquí, como es, que, después de las cifras de las aduanas que nos ha citado M. Berdolt, la balanza del comercio con los E. U. en 1878, habría debido necesitar un traspaso de especies de 71 millones de dollars, mientras que en realidad no han entrado mas que 800 mil. M. Berdolt se apresura á deducir la evidencia de la creciente inutilidad de la moneda; sin ir más lejos, deducireis conmigo la notable insuficiencia de las cifras de las aduanas en la materia que nos ocupa. ¿No sabemos todos que Europa ha sido reembolsada de las rentas americanas del 5 %, deuda que los E. U. habrian emitido después de la guerra de sucesión, y que han extinguido con una actividad extraordinaria, desconocida hasta aquí como ninguna aduana conoció jamas? ¿No es el oro, en sintesis, lo que asi hemos enviado? M. Berdolt lo olvida completamente.

Esta creciente inutilidad de la moneda, que mi contradictor creia poder comprobar así, la explica-por que todo puede explicarse si se fuerzan algo las notas — la explica, repito, por el uso mayor del cheque. No entraré en lo que puede decirse con respecto al cheque; representa bastante en mi opinión, este juego inocente que se llama Pierrot vit co; el que le tiene en sus manos, se deshace de él lo

más pronto que puede.

No diré que el uso del crédito y de los cheques, no tiene naturaleza para desarrollar las relaciones y suplir la moneda, pero lo que yo censuro à mi respetable contradictor, es, que fuerce su argumento, y llegue á creer, que la utilidad, la necesidad de la moneda dis-

minuya.

Tengo que probar claramente, que lo contrario es la verdad, apoyándome sobre hehos, no sobre suposiciones. A fin de que no podais dudar de las cifras que dé, os ruego observeis, que he de tener la precaución de no suministraros ninguna cifra que no venga directamente de nuestros adversarios, así que, iremos á pedirlas á los monometalistas más viejos.

ANEXO I

El argumento que yo presente, entendedlo bien, es el que hemos oído repetir muchas veces, el que se repite cada día, y que debo confesarlo, tiene un lado muy seductor; héle aqui en toda su desnudez.

«El oro y la plata, no se consumen, el oro y la plata que tenemos en circulación, son todavía los mismos que los de los Romanos, de los Griegos ó de los Egipcios, aumentados cada año con todo lo que dan las minas del mundo; la plétora que de esto resulta, y que va en aumento sin cesar, es un mal; la máquina monetaria, cuesta cada vez más cara; hagamos, pues, cesar este estado intolerable; suprimamos uno de los dos metales.»

Quiero demostraros, que si los metales preciosos han aumentado las riquezas del mundo, los progresos de la civilización, crecen en una proporción muy grande todavía, y que á pesar de la plétora aparente del metal monetario, es lo contrario, lo que solo ha de te-

El Economista francés, recuerda (según las citas de Neuman) que el comercio general del mundo era en 1852 de 30,000,000,000, y en 1872, de 72,000,000,000, sea 42,000,000,000 de aumento en 20 años, ó 140 %, lo que establece un medio de 7 % de aumento cada año.

ó 140 %, lo que establece un medio de 7 % de aumento cada año. Si los negocios del mundo aumentan 7 % cada año, desde hace 20 años, (mucho más últimamente) sería necesario, para que las cosas permanecieran en el mismo estado, que el capital-moneda hubiese también ido en aumento cada año en la misma proporción.

Como vais á verlo, estamos muy lejos de eso, pudiendo tranquilizarnos en cuanto á la plétora, é inquietarnos, por el contrario, con la penuria.

En efecto, según las evaluaciones del célebre monometalista doctor Soetbeer, el stock de metales preciosos del mundo, podía ser evaluado en 1867, en 44,000,000,000 de francos.

Para que todas las cosas permanezcan en el mismo estado, puesto que cada año los negocios y la riqueza universales aumentan 7 °/o, sería de necesidad que el útil monetario, aumentase también 7 °/o por año, lo que no supondría menos de 3,000,000,000 de metales preciosos que reclamarían cada año también los nuevos negocios de la civilización invasora y del mundo engrandecido.

Léjos de recibir cada año 3,000,000,000 de oro y de plata, el año que más, como excepcional, por que estamos muy léjos de esta cifra hoy, no ha dado mas de 1,000,000,000 oro y plata, ó sea el tercio de lo que es necesario, ó mejor añadiré, de lo que es indispensable.

Es preciso, ya lo veís, que los progresos del crédito sean inmensos, aún á pesar del oro y de la plata de todas las minas, para llegar á cubrir los 2,000,000,000 que por término medio faltan cada año á la circulación monetaria.

¿Y es en este momento, en presencia de estos hechos evidentes, cuando se cree poder reducir la moneda repentinamente á un solo

metal, al oro, reduciendo de este modo la mitad del stock monetario del mundo, cuando acabamos de ver que los esfuerzos de las minas de oro y plata reunidas, permanecen muy por bajo de lo que necesitan los progresos realizados en nuestro siglo?

El crédito puede suplir à la moneda, pero no hay que fiarse de este instrumento, es precioso entre manos prudentes pero perjudicial en las inespertas ó imprudentes. La sabiduría y la prudencia, no presiden siempre à todos los actos de la vida de los hombres y de los pueblos; tenemos la triste experiencia de ello: es suficiente ver una casa ó un gobierno que cae, para arrastrar después de ello las caídas de fortunas lentamente ganadas, de economías pacientemente adquiridas, de creaciones ampliamente elevadas. ¿Quién de nosotros, no recuerda el Black-Friday de Londres, y qué hemos visto en 1848 bajo el imperio de acontecimientos cuya vuelta temeríamos por los cuales nos vemos forzados á usar del crédito cada vez más, aunque conservábamos todavía en circulación los dos metales?

En 1848, no son ya dos étalons los que teníamos, sino cuatro, la pieza de 20 francos, y el franco de plata á los cuales añadió la ley la de 25 francos y el soberano inglés.

¿Sería tan olvidada esta lección, que en vez de cuatro étalons, se ensayara suprimir la plata y que no conviniera hoy mas que un solo metal? Opinareis seguramente lo contrario.

En 1847, observadlo, parecía marchar todo bien; Méjico sólo enviaba masas de plata; no se hablaba de bimetalismo ni de doble étalon; no se habían inventado estas palabras, ni por eso parecían más desgraciados los pueblos.

En 1851, California comenzó á inundar de oro al mundo, y en esta época, que es cuando se inventa la palabra de doble etalon, empieza á entreverse la baja del oro, y se pide la supresión de este agente en la circulación.

Los gobiernos permanecieron sordos é hicieron bien, puesto que pasó el tiempo hasta 1873, sin que ninguno de los males profetizados haya caído sobre nuestro pobre mundo; se necesitaban siempre 15 ½ kilógramos de plata para comprar un kilógramo de oro, y ¿por qué?

La respuesta es muy sencilla y todos ya os la habreis dado; entre tanto que hubiese un reservorio como el de Francia, donde se podía tomar ó dar un kilógramo de oro por 15½ de plata, á ningún poseedor de cualquiera de estos metales se le ocurriría darle más barato que el que á cualquier hora podía obtener en aquel país. Pero se dirá que Francia recibia así el metal menos buscado, y veía exportarse al que hacía prima.

Bajo este punto de vista puramente mercantil, el lado más pequeño de esta gran cuestión, desafio á que se me demuestre una pérdida para Francia. Después que fué buscada la plata en 1851, y

en los años sucesivos, Francia vendió al exterior sus antiguas piezas usadas de 5 francos, con una prima; ella economizó los gastos de refundición que preocupaban en 1845, y recibió oro que hoy tiene prima. Hizo, en suma, por la moneda que poseía, lo que hacen todos los negociantes inteligentes; entran en sus almacenes las mercancías en baja, y tratan de hacer salir las que fuera tienen prima.

¿Se quiere calcular lo que Francia ha perdido desde hace un siglo que viene practicando el bimetalismo? No lo he visto traducido en cifras en ninguna parte; no lo he visto exponer mas que como

teorías vagas, indicaciones no ciertas.

Pues bien, á la inversa de este procedimiento, cómodo por lo demás para nuestros adversarios, quiero antes de terminar, haceros ver las pérdidas á las cuales nos expondríamos si fuésemos, no diré bastante locos, sino, permitidme la frase, bastante poco avisados, para escuchar á los monometalistas.

Si las experiencias á las cuales se nos invita, no debieran costar nada, confieso que quizá fuera el primero en decir ensayemos; pero hay desgraciadamente un soberbio inconveniente, y es que, por el contrario, costarían inmensamente caras. Fácil es de probar esto, examinando lo que ha sucedido desde que Alemania se ha esforzado en transformar su doble étalon en metal único.

Alemania á continuación de la guerra de 1870, y después del pago de los 5,000,000,000, deseando llegar á la supresión de la plata, creyó poder pagarse este lujo más que oriental, puesto que el Oriente la conserva todavía, queriendo suprimir este último metal.

Para desembarazarse nada más que de la mitad, hizodescender el metal blanco en 25 % de su valor, y hoy se encuentra ante la imposibilidad material, de encontrar comprador y de vender el resto. Se vé así forzada aún á pesar suyo, á detener su conversión al mo-

nometalismo, que por cierto dura desde entónces.

El Dr. Soetbeer, evalúa que existen en el mundo 18,000,000,000 de plata; luego la pérdida de 25 °/o ya indicada, corresponde pues, á un empobrecimiento efectivo que actualmente sufre, de 4,500,000,000. Ahora, os propongo la cuestión, vosotros la resolvereis. ¿No hay ahí una explicación muy plausible de la crísis que sufre desde hace años el comercio y la industria del mundo entero? Las fechas y los datos coinciden, observadlo.

Yo sé que se contestará: «Qué nos importa después de todo? si la cantidad de moneda disminuye, la potencia liberatoria de la que permanezca aumentará, todos los precios bajarán y permanecerá

todo, en definitiva, como el pasado.

Lo admito, pero olvidan deciros la suma de sufrimientos, de contradicciones en el crédito, de desigualdades en el descuento, de crísis en el comercio, lo que deberá preceder á este estado final de equilibrio soñado, predicho y no alcanzado; lo que olvidan deciros,

es que esta baja de todos los precios, no favorece absolutamente mas que á los rentistas inactivos, con detrimento de la masa.

Digamos antes de concluir, algo de los grandes peligros que la supresión de la plata presentaría bajo este punto de vista.

El Estado belga, por ejemplo, está obligado á pagar cada año

de un modo permanente, una renta fija à sus acreedores.

Supongamos que sobre los 44,000,000,000 en metales que circulan en el mundo, un acuerdo internacional decretara la supresión de la plata, ó sea cerca de la mitad del stock monetario; claro es que en este caso, la otra mitad, el oro, doblaría su utilidad en las relaciones; supongámos también, que es suficiente dar la mitad de oro por ejemplo, para obtener la misma suma de servicios que anteriormente con la plata. Pero el Estado belga, que estaba obligado á pagar cada año á uno de sns prestamistas 500,000 francos en esta moneda, al envilecerse ésta, por este hecho y conforme al contrato, iba á resultar que pagaría cada vez menos de año en año, cambiándose de este modo su posición en sentido inverso. En la hipótesis que hemos presentado, los 500,009 francos, equivaldrían á un pago de 1.000,000 de francos, puesto que la fuerza liberatoria de la única moneda, crecía de la unidad al duplo, de modo, que el Estado se empobreceria consintiendo no pagar mas que con un solo metal, el oro, y se empobrecería con provecho exclusivo de sus acreedores y contrariamente á las primitivas promesas que hizo en su ley, es decir, al derecho de pagar el Estado con dos metales á su comodidad. Luego, si consideramos que el Estado es un ser impersonal que no puede perder, puesto que son los contribuyentes quienes cubren todas sus obligaciones, la adopción del simple étalon de oro, se resolvería en enorme pérdida para el conjunto de los contribuyeutes, para el interés público en una palabra, con provecho exclusivo de una sola clase que se aprovecharía á no dudarlo, la de los rentistas improductivos.

¿Se puede de este modo así seguir á Alemania entre oleadas impetuosas, provocando sufrimientos, miserias y crísis? Os hago jueces

de ello.

¿Es este un ejemplo digno de seguirse, perdiendo la cuarta parte del valor de la plata que se posée, para no sobreponerse en nada después de tener que chocar contra una imposibilidad material tan grande? No vengan pues á decirnos, que, Alemania, es monometalista, y que la moneda en ese país, no es mas que de un solo metal, toda vez que, la mitad de su plata, por lo menos, permanece todavía en curso en la nación al estado de moneda liberatoria, y que en esta época, el Banco del Imperio, ha dado orden á todas sus sucursales, de no pagar mas que con thalers de plata, para contrarrestar las exportaciones de oro; ¿no es esto, por el contrario, ser la primer cabeza del bimetalismo? ¡Y eso, después de tantos años de impotentes esfuerzos'

Pero si los ensayos parciales é infructuosos de Alemania para deshacerse de su stock de plata, han podido conducir á este metal á perder la cuarta parte de su valor, ¿qué supondriamos de esta pérdida, si Francia, Italia, Bélgica, Suiza, Grecia y los otros Estados del mundo imitaran este ejemplo desgraciado? Si el monometalismo es bueno, debe serlo para todo el mundo, porque de otro modo, ¿qué es esta teoría? Si saliera victoriosa de la lucha actualmente abierta, no sería ya la pérdida de 25 °/o, habría que calcularla quizá en 30, 40, 50 °/o más todavía.

Francia, que por si sola ha acuñado 5,000,000,000 de plata, perdería por lo menos 2,000,000,000. En provecho de quién? Vana pre-

gunta es esta.

Os he puesto de relieve los diferentes medios prácticos que impiden é impedirán materialmente la realización del monometalismo: carestía del capital y del descuento, falta de medios materiales de cambio, enormes pérdidas sufridas sin provecho de nadie, crisis, torturas y miserias ocasionadas por la ruptura del equilibrio de los precios, tal es el balance que ya comprobamos del resultado final del monometalismo triunfante.

Voy á declarar, para concluir, lo que he dicho al principio; si no viera la necesidad material y absoluta de protestar contra la teoria monometálica, quizá fuera uno de los primeros en aconsejar se concluyeran las costosas cegueras por las que el mundo camina. El ideal sería, sin duda, un metal sólo, pero si es necesario pagarle tan caro como acabamos de calcular; sereis de mi opinion y sentireis ganaros por la locura bimetálica como M. Berdolt la calificaba.

Si después de todo, desde el año 55 que se nos habla de monometalismo, se rehusa entrar por este camino, depende de que el público, (entendedlo bien) este público más maligno que el demonio, sabe apreciar bien el descrédito que pudiera encontrar en ello.

ANEXO II

Discurso de M. Le Breton, relator en el tribunal de la ley del Jerminal 3, año XI de la República. (1)

Antes de entrar en una cuestión difícil é importante, que se encuentra al lado de las consideraciones que acabo de indicaros sobre las monedas de oro, os recordaré tribunos, las disposiciones del proyecto de ley que hemos examinado, y del cual, vuestra sección de hacienda os propone la adopcion, son estas, la determinación de la unidad monetaria, la fijación de los pesos y títulos, las especies de los diversos metales, y los cuños correspondientes.

Tribunos; la cuestión difícil que os he anunciado, es la de saber si el oro debe hacer función de moneda, ó permanecer como mercancia; es decir, si tendrá un valor nominal y forzado en los cambios, ó si permanecerá sometido á las variaciones del comercio y agente libre.

Esta cuestión, no es ociosa; no es de las que se deben dejar para

⁽¹⁾ Este discurso no había sido nunca extraído de los debates de la época, hasta en 1861, que le publicamos por primera vez en un pequeño opúsculo, titulado L'or l'argent et le comerce Belge.

Contiene el desenvolvimiento de los principios de nuestra ley monetaria fundamental, y con dolor se comprende cómo Michel Chevalier, que en 1851 publicaba los discursos de los adversarios de la lay, haya podido pasar en el silencio este discurso, el más importante de todos.

Recientemente, M. Dana Horton, delegado de los E. U. en la conferencia de 1878, creyó descubrirle por vez primera; le consideraba como muy importante por más de un concepto, y fué sorprendido al encontrar el texto en nuestro pequeño trabajo de 1861; así lo ha declarado en la relación que hizo de su misión en Europa.